

3º Job, figura de la Iglesia perseguida.

Puesto que Jesucristo es inseparable de su Iglesia, el santo hombre Job, que figura a Cristo paciente, figura también a la Santa Iglesia en las persecuciones que ha de sufrir aquí abajo, especialmente hacia el fin de los tiempos. Tal es la enseñanza de San Gregorio Magno.

Y así, al igual que Job, quiso Dios que su Iglesia prosperase durante un tiempo en la tierra, convirtiendo todas las naciones a la fe verdadera. Mas luego ha querido permitir también que el demonio la atribule hacia el fin de los tiempos, y eso de las mismas dos maneras que el santo hombre Job: • primero privando a la Iglesia de todos sus bienes materiales, a través de las persecuciones con que los Estados anticatólicos, desde la Revolución Francesa, la expoliaron de todas sus pertenencias y Estados; • y luego a través de una peste que debía herirla por dentro, desde la cabeza hasta los pies, desde el Papa hasta los fieles: el modernismo, tan sutilmente infiltrado en la misma Iglesia.

Los amigos de Job, que bajo pretexto de consolarlo, acaban acusándolo de gravísimos pecados, son figura de los herejes, que bajo capa de celo por la gloria de Dios, de los intereses de la religión, acusan a la Iglesia Católica de ser pecadora, y la amonestan a pedir perdón por su vida pasada, a reconocer que ella tuvo la culpa de los cismas y separaciones de los protestantes, de los ortodoxos, y de haber deformado la doctrina de Cristo. Pero la Iglesia, como Job, se defiende contra estas acusaciones: insiste en que Ella es santa, que no ha cometido maldades, y que no tiene nada de que arrepentirse, porque no es consciente de ninguna de las faltas de que le acusan.

Finalmente, Dios se aparece para dar la razón a Job, y reprochar a sus amigos lo mal que han defendido los intereses de Dios. Es más: si no acuden enseguida a Job, para que él ofrezca un sacrificio expiatorio por ellos, Dios los castigará con gran rigor. Esto es figura de la vuelta de todos los que profesan esas falsas religiones, a la Iglesia Católica al fin de los tiempos; pedirán perdón a Dios y lo obtendrán, por intercesión de la Santa Iglesia. Y al igual que Dios devolvió a Job su antigua salud, bienes, y prosperidad, y le concedió otros hijos e hijas, concederá a la Iglesia, después de su terrible prueba y pasión, un gran triunfo contra sus enemigos, semejante a una resurrección. De este modo la Iglesia habrá imitado perfectamente la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

Así pues, la Iglesia, a pesar de ser inmaculada, sufre, porque Dios la hermosea y acrisola de este modo. Nuestros sufrimientos actuales, en esta crisis de la Iglesia que tanto nos atormenta, reciben así un nuevo valor, un tercer motivo, que es **sufrir por la Iglesia, para la conversión de las almas.**

Plegue al Señor que la contemplación de los sufrimientos de Job haga que seamos sus verdaderos imitadores, y que conformándonos como él, con la imagen que representaba, tengamos la dicha que está reservada para los que se conforman en el sufrir con Jesucristo.

Job, figura de Cristo paciente y de la Iglesia perseguida

En el libro de Job se debate un grave enigma, que arranca quejas incluso de las almas más santas: por qué ha de sufrir el hombre; pero más especialmente el problema de por qué sufre el justo: cómo puede ser compatible el sufrimiento de los justos con la justicia de Dios. La solución de esta cuestión nos es presentada en este libro inspirado, no de manera abstracta, sino mediante el ejemplo de Job, un varón admirable probado por Dios.

1º Historia de Job.

Job, cuya paciencia ha sido siempre tan celebrada, vivió en la tierra de Hus, entre la Idumea y la Arabia. Se cree que era descendiente de Abraham en quinta generación, nieto de Esaú, y rey de Idumea. La Escritura nos dice que era justo, de corazón sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Tenía siete hijos y tres hijas, grandes rebaños de ovejas, camellos, bueyes y asnas, y muchos siervos. Gozaba de gran reputación en el Oriente; tenía la esperanza del Mesías, a quien miraba como el mediador que debía conciliar el hombre con Dios, y aguardaba su venida viviendo en la justicia.

Pues bien, en una ocasión, al presentarse los ángeles ante Dios, se presentó entre ellos el demonio: manera gráfica de enseñarnos que la providencia de Dios, que se ejerce a través de los santos ángeles, se vale también del demonio. El Señor le preguntó entonces si había reparado en su siervo Job, varón temeroso de Dios como nadie; y el demonio le contestó diciendo que eso no tenía ningún mérito, dados los bienes de que Dios lo había colmado; pero que le diese a él oportunidad de ponerlo a prueba, y vería cómo al punto Job se le rebelaría. Fue así que Dios, para manifestar a todos la virtud heroica de Job, permitió que el demonio lo tentara.

El demonio lo afligió primeramente en sus bienes materiales. Tenía él una fortuna en ganado (vacas, ovejas, camellos), y una gran familia. Así que el demonio le arrebató todos sus bienes: sus ganados fueron sistemáticamente destruidos o robados por saqueadores; sus mismos hijos e hijas murieron repentinamente, aplastados bajo la casa que un viento huracanado les tiró encima. Para colmo, todos estos males le sucedieron a la vez, y se los anunciaron uno detrás de otro. Mas Job, sin quejarse de Dios, mostró una total resignación a la divina Providencia.

Como ni aún con todos estos males consiguió el demonio hacerlo blasfemar contra Dios, solicitó de nuevo el permiso de tentarlo en su propia carne. Se lo volvió a conceder el Señor, a condición de no quitarle la vida. El demonio hirió entonces a Job con una pésima enfermedad (al parecer, lepra o sarna) que lo dejó convertido en una llaga de pies a cabeza. Y ni aun así se quejó Job de la Providencia de Dios, sino que sobrellevó su infortunio con una paciencia admirable: «Si de Dios recibimos los bienes, ¿por qué no recibiríamos también los males? Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo tornaré allí. Dios lo dio, Dios lo quitó, bendito sea siempre el nombre del Señor». En todo esto, Job no pecó ni atribuyó injusticia a Dios.

Fue entonces cuando tres amigos suyos, Elifaz, Baldad y Sofar, hombres sabios y de autoridad, vinieron a consolarlo. Mas viendo sus trágicas calamidades, dieron comienzo a una viva discusión con él sobre la causa de sus males. Los amigos argumentaban contra Job a partir de la tesis tradicional: el verdadero justo no ha de sufrir; los sufrimientos son la prueba manifiesta de una culpabilidad secreta; por eso, si Job es castigado tan duramente por Dios, es señal de que pecó: su vida ha sido la de un impío, o al menos la de un hipócrita disimulado, puesto que Dios, que a cada uno da según sus obras, lo aflige con muestras tan claras de su indignación; ha de reconocer su pecado, arrepentirse y aplacar la justa ira de Dios.

Job protesta, rebatiendo estas temerarias acusaciones.

Contra la tesis tradicional que le exponen sus amigos, alega el testimonio de su conciencia, que le dice que es inocente, y su propia experiencia y la de las injusticias que hay en el mundo: el impío prospera muchas veces en esta vida, por lo que no es cierto que Dios iguale siempre en esta vida los premios y las penas con las obras de los hombres.

Contra sus amigos, Job se queja de su actitud, a la que acusa de pérfido abandono; su sabiduría, por lo demás, no es más que mentira, pues defienden la causa de Dios con argumentos falaces.

Respecto a Dios, concede a sus amigos que, en calidad de criatura, no quiere ni puede discutir con el Creador; mas se queja amargamente contra El: ¿Por qué Dios, infinitamente justo, lo persigue sin razón, puesto que es inocente? ¿Por qué se comporta con él como con un enemigo?

Al final, cuando los tres amigos callan, aparece un nuevo personaje, Eliú, que arbitrando las discusiones habidas, afirma que ni Job ni los amigos tienen razón:

Contra los amigos de Job, afirma que Dios aflige también al justo.

Y contra Job, afirma que Dios no es injusto al obrar así, pues las desgracias de esta vida tienen un fin educativo y preventivo.

Dios interviene entonces, y cierra definitivamente el debate, afirmando los misterios insondables de su sabiduría, ante los cuales Job ha de humillarse y adorar los designios divinos, que siguen siendo impenetrables para el hombre. Esta es toda la solución que, ante la falta de una mayor revelación posterior, podía darse entonces a este problema.

Así, pues:

• **Los males humanos son consecuencia del pecado:** los impíos los padecen **en castigo de sus pecados**, y los justos **en prueba de su virtud** y para su justificación.

• Definir cuándo Dios manda estas aflicciones *como castigo*, y cuándo *como prueba*, queda reservado a la sabiduría de Dios, y es cosa temeraria e inútil al hombre quererlo escudriñar; su actitud ha de ser callar y adorar.

Dios devolvió a Job el doble de todo lo que había poseído anteriormente, para coronar de este modo, por medio de una recompensa incluso temporal, la paciencia de su santo servidor; le devolvió también otros siete hijos y tres hijas, y le dio 140 años más de vida.

2º Job, figura de Cristo paciente.

Pero las enseñanzas del libro sobre la razón de ser de las tribulaciones de los justos no quedarían completas si nouviésemos en cuenta, siguiendo a la mayoría de los Padres de la Iglesia, que Job, en las pruebas que sufre, es una figura de los sufrimientos del Redentor.

Nuestro Señor Jesucristo, al igual que el santo hombre Job, gozó de gran reputación durante todo el tiempo en que predicaba y obraba prodigios. Mas Dios quiso, para nuestro bien, que el demonio desencadenara contra El la más ruda prueba: • lo despojó de sus bienes, quitándole toda la consideración que el pueblo le tenía; • consiguió que sus mismos amigos lo abandonaran, y que uno de ellos lo entregara; • y llenó todo su cuerpo de llagas y su alma de angustia: despedazado y clavado en la cruz, y expuesto a las burlas más crueles, no ofrece a la vista cosa que no parezca despreciable.

Así, se realiza perfectamente en Nuestro Señor la paradoja que se da en el santo hombre Job: • por una parte sus enemigos, simbolizados por los tres amigos que vienen a consolar a Job, lo consideran como leproso, como castigado por Dios, como merecedor de su muerte por ser violador del sábado, blasfemo, amigo de publicanos; • y, por otra parte, Nuestro Señor protesta confesando su total inocencia, y quejándose amargamente al Padre: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?».

Jesucristo desde la Cruz, que era el lecho de su dolor, muere por los que le cargan de oprobios; y Dios, aplacado con su sacrificio, le hace salir del sepulcro con una vida nueva, en que nada se advierte ya de la enfermedad de una carne mortal.

Nuestras pruebas adquieren así una nueva motivación, un nuevo sentido: el hombre cristiano ya no sufre sólo para su propia purificación, sino también **para asociarse a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo**: es necesario que los miembros lleven la misma vida que la Cabeza, y compartan sus mismos padecimientos. Dios nos atribula, porque quiere hacernos semejantes a la imagen de su divino Hijo, crucificado por nosotros y por la redención de las almas. Nuestros sufrimientos, pues, nos alcanzan un doble beneficio: • uno *personal*: la semejanza con el divino Crucificado; • y otro *social*: la redención de otras almas.